

LA BELLA LIMENA



PERIÓDICO SEMANAL PARA LAS FAMILIAS

Literatura. — Historia.

Modas. — Costumbres.

AÑO I.

LIMA, DOMINGO 14 DE ABRIL DE 1872.

DUM. 2.

SUMARIO.

«La Bella Limeña.» — Revista de la semana. — Bosquejo histórico sobre Bartolomé de las Casas. — Un amor desgraciado. — ¡Qué ganga! — Era yo. — La linterna mágica. — Recuerdos. — Lágrimas de la ausencia. — La roca y la flor. — Safo. — Soneto epigramático. — Ella. — Romeo Dionesi. — Revista de la moda. — Moraleto. — Anuncios.

«LA BELLA LIMENA.»

Al publicar el primer número de nuestro periódico, no desconfiamos un solo instante de la buena acogida que la culta sociedad de esta capital había de dispensarle. Hemos visto realizada esa creencia, y nuestra esperanza se alienta mas cada día; porque «La Bella Limeña» será indudablemente el periódico de las familias, mal que

pese al cronista del «Comercio», que se ha apresurado a pronosticarle una pequeña existencia.

Profunda es y será siempre la gratitud que abrigamos, por la benevolencia con que las encantadoras hijas del Rimac han recibido el primer número de la publicacion que hemos consagrado al desarrollo de su clara inteligencia, a la defensa de sus derechos y al solaz de sus labores domésticas, únicos encantos de la familia moral y cristiana, que bajo la sombra del hogar se encamina a una verdadera felicidad.

También debemos un voto de gratitud a la prensa de Lima por la bondad con que ha anunciado la aparición de «La Bella Limeña». «El Heraldo», y «La Patria» son los diarios que mas se han distinguido en esa noble tarea, y por eso es para ellos muy especial nuestro reconocimiento. Cuando se procede con buena fe y se prescinde de los intereses particulares en obsequio del bienestar general, las acciones no pueden ser sino nobles y dignas de aquella recompensa que las per-

sonas que practican la virtud encuentran en su propia conciencia.

Hecha esta manifestacion, con entera lealtad y animados de los mejores sentimientos, continuaremos infatigables nuestro propósito y marcharemos siempre con la frente levantada y el corazón nutrido por la intencion recta que nos guía. Nuestro empeño jamas desmayará, como no desmayará la fe que tenemos de que las lectoras de «La Bella Limeña» han de continuar dispensándole la mas decidida proteccion.

LOS EDITORES.

REVISTA DE LA SEMANA.

Por segunda vez nos ponemos frente a nuestras bellisimas lectoras, para comunicarles los sucesos mas importantes que han tenido lugar durante la semana.

A no ser de los espectáculos teatrales, poca seria la materia de que tuviéramos que ocuparnos, pues Lima, la bella capital del Perú, parece que reposa en el sueño de la inercia. La política es la única que por ahora absorbe la atencion de todos, pero nosotras prescindimos absolutamente de ella.

Pocas funciones de zarzuela se habrán dado en nuestro vetusto teatro, en que la concurrencia haya sido tan numerosa y el público se haya retirado tan satisfecho, como la que tuvo lugar el Lunes, a beneficio de la señorita Zamacois. El programa fué espléndido y su ejecucion poco dejó que desear. La beneficiada cantó admirablemente en «La Hija del Rejimiento»; en el «Ave Maria» de Gounod estuvo sublime, aunque la orquesta desafiaba por instantes; en «La Juanita», cancion del maestro Iradier, se manifestó graciosa y con todo aquel salero que la distingue; pero en la «Galatea» estuvo inimitable: allí desplegó todo su talento y dió pábulo a toda la inspiracion de que es capaz una verdadera artista. Nunca la habíamos oido cantar de una manera tan admirable, de tal modo, que el público llevando su entusiasmo hasta rayar en un delirio, aplaudia frenético y apagaba por instantes con los estruendos la voz de la sublime cantatriz.

La funcion terminó con la preciosa zarzuela «Por un inglés», en la que también coseché muchos aplausos.

El Martes hizo su segunda aparicion en el teatro el admirable niño Romeo Dionesi, a la vez que se dió la zarzuela titulada «El Relámpago», que sea dicho de paso fué malisimamente ejecutada; así es que el único atractivo que tuvo aquella funcion fué el canto del niño Dionesi.

Romeo Dionesi es un ángel encarnado en una hermosa criatura de cinco años, es un ser verdaderamente escepcional. Su voz dulcisima y llena de armonia, su presencia infantil animada por la hermosura de sus facciones y la maestria y sentimiento con que canta, hacen de él un objeto de inspiracion para el poeta y de constante admiracion y ternura para todas aquellas personas que llegan a oirlo una vez.

Era de esperarse el éxito feliz que ha alcanzado la funcion de gracia de la señorita Eugenia Oberti, en atencion al mérito artistico que posee y a las simpatias de que goza entre nosotros. Numerosos presentes y prolongados aplausos saludaron a la artista y le atestiguaron que el público de Lima sabe apreciar el talento.

Anoche se dió con regular éxito la zarzuela nueva «El gran Bandido», y volvió a presentarse en la escena el niño Romeo Dionesi, que cantó con inimitable maestria la gran aria de «Hernani» (Carlos V) y la magnifica escena y romanza de la ópera «Luisa Miller» en la que fué frenéticamente aplaudido, y especialmente en la última que tantos triunfos le ha conquistado en todas las grandes ciudades que ha recorrido.

Hecha la reseña de las funciones teatrales, poco nos queda de que ocuparnos. No obstante haremos mencion de un acontecimiento que la sociedad de Lima ha visto con agrado: el matrimonio del Dr. D. Tomas Caivano con la estimable señorita Adalgisa Marcone.

Al ocuparse de este enlace, «La Patria» se expresa de esta manera:

«Este es uno de los enlaces verificados bajo mas felices auspicios; lo exige el amor y lo santifican la Religion y Dios. Jóvenes ambos, hermosa, pura é inocente ella, bueno, hidalgo y noble él, entran a su nueva vida por una senda de flores y de esperanzas. Los dos confian en el amor que los liga y en la felicidad que los sonríe.»

Este matrimonio se realizó en la noche del Jueves, con cuyo motivo el señor D. Pedro Marcone dió un espléndido baile en su quinta de «Presas», en el que se ostentó todo el lujo y la pompa que son consiguientes a la realizacion de un gran acontecimiento, y reinó la mayor cordialidad entre los

«otro rey ó príncipe cristiano, y os las asignamos con todos sus señoríos, ciudades, fortalezas, lugares, villas, derechos, jurisdicciones y pertenencias, y hacemos, constituimos y diputamos á vos, vuestros herederos y sucesores verdaderos señores de dichas islas y tierras firmes, con plena, libre y omnimoda potestad, autoridad y jurisdicción.» (1)

Tan chocante y monstruosa ha parecido posteriormente esta donación, que avergonzados de ella escritores católicos, han ocurrido, aunque desgraciadamente, á interpretaciones, que deja desairadas el texto de la bula, sirviendo por sí sola de contestación satisfactoria. (2) Y tan incontestable es su perspicuidad, que los propios doctores que niegan al Papa la facultad de disponer de los reinos de príncipes infieles, se ven obligados á confesar que, alejándose esto, hizo plena y absoluta donación de las tierras descubiertas á los reyes de Castilla y de Leon. (3)

Sobre tan ruinoso fundamento se levantó el pretendido derecho de la conquista de este Nuevo Mundo. Para que se vea, cuán poderoso, cuán terrible es el influjo del horror, el imperio de la falsa opinión que estraviaba el juicio de los que se creían autorizados, á quitar y dar bienes ajenos sin sentir remordimiento, y ostentaban el servicio de Dios, como si tuvieran más celo que Dios mismo por su gloria. Y sobre tan ruinoso fundamento se procedía á hacer intimaciones, ahora ridiculas, pero entonces serias aunque tiránicas y absurdas, de los capitanes españoles en pisando tierra de indios. (4)

Demos gracias á Dios de no haber existido en unos tiempos, que depositaban cabezas humanas tantas necesidades, tan escandalosa violación de derechos, y tanta profanación del nombre más sagrado que se invocaba en ayuda de empresas injustas y de hechos crueles. Pero ello era efectivo: los conquistadores fueron consecuentes en su sistema; y ahora empiezan las escenas de sangre y horror, que en gran parte habrían sido irremediables sin el ardiente celo y diligencia perseverante de Bartolomé de las Casas.

(Continuará.)

UN AMOR DESGRACIADO

POR

CAROLINA F. DE JAIMES.

INTRODUCCION.

En este momento, Anita mía, en que afluyen á mi pensamiento las dulces ideas de la infancia, en que tu hechicera sombra se aparece ante mi vista rodeada con el prestigio de los recuerdos, pienso en una promesa de niña, promesa hecha bajo de los sicomoros que rodeaban nuestro salón de estudio, en esa morada, en ese colegio donde ambas hemos pasado tantas deliciosas horas, donde formábamos tantos sueños de ventura.

Anita, el recuerdo de esa promesa lo he conservado apesar de todas las vicisitudes de mi existencia, y cuando la hice, cuando te prometí referirte los incidentes de mi vida, pude presumir acaso que las páginas donde se escribieran estarían borradas con mis lágrimas? No, un horizonte bello se abría entonces á mi vista, horizonte velado hoy por la nube del dolor.

I.

La primavera de 18... principiaba á esparcir sus floridas galas sobre la naturaleza, los pájaros ostentaban su variado plumaje y llenaban el aire con sus puras y delicadas armonías, las flores se mecían al impulso del aura ostentando en sus corolas perfumadas frescas gotas de rocío, el arroyo se deslizaba blandamente entre el verde cesped del prado y yo, en armonía con la naturaleza entera, entreabría también mi corazón á esos dulces sueños de la vida, á esas misteriosas sensaciones que se despiertan solo en la aurora inefable de la juventud.

¡Ay! cuán poco debían durar esas horas apacibles y risueñas. Una orden de mi padre me man-

daba dejar el colegio para volver á su lado y tuve que obedecer.

¡Qué dolorosamente se oprimió mi corazón cuando me despedí de las alegres compañeras de mi infancia para ir á habitar la lóbrega y triste casa de mi padre!

Que diferencia entre este albergue y tu casita blanca y poética media oculta por verdes y frescas enramadas rodeadas de estanques donde saltan formando pequeñas olas de espuma mil dorados pecerillos encanto y recreo de nuestra niñez, ¿Te acuerdas Anita? Ah! el tiempo pasa, y pasa llevando en su rápido torbellino los sueños más queridos de la existencia.

Huerfana de madre á la edad de ocho años, sin un hermano cuya ternura y gracia infantiles pudieran endulzar mi existencia, creía que al salir del colegio no me esperaba más que la soledad y el silencio y por única compensación el cariño frío y severo de mi padre á quien por mucho que ame no puedo presentarme sin temblar.

Por otra parte me aterraba la sola idea de habitar en un lugar de provincia. Tu no sabes Anita lo que es la vida de provincia, vida monótona y sin atractivos, donde el hastío se apodera del corazón que encuentra estrecho el círculo donde gravita, y pugna por romper el lazo que a él le aprisiona, donde se marchitan las ilusiones y donde de la inteligencia parece adormecerse falta de luz y del esplendor de la vida social.

II.

Sería las nueve de la noche cuando el coche que me conducía atravesaba la puerta principal de la casa de mi padre. ¡Cuán frío y ceremonioso era el recibimiento que se me hacía! Por momentos me creía la heroína de esas historietas de antaño que nos contaba la directora donde había puentes levadizos, torreones y escuderos que daban la voz de alarma al aproximarse un ginete cualquiera al castillo de su señor.

Mi padre me esperaba vestido de gala y rodeado de la poca aristocracia del lugar. Qué ridícula escena, amiga mía, para una joven educada en las ideas del siglo. Dos solteronas de aspecto grotesco, con sus vestidos de la época de Luis XV, sus cabellos recojidos formando un abultado rodeo en la parte posterior de la cabeza, ocupaban los asientos de preferencia y á su derecha un caballero como de cuarenta años de edad, alto, escañado con una peluca roja que daba á su fisonomía un aspecto marcado de dureza y de indolencia.

Al mirarlos creí ver levantarse delante de mí los fatídicos fantasmas de los cuentos de Ana Radcliffe!

Pero ahí en el fondo del cuadro, formando un admirable contraste, aparecía una figura dulce, melancólica, poética, era la de un joven sacerdote de blondos cabellos, de mirada radiante y tímida á la vez.

Yo no sé lo que sentí en ese momento, yo no sé que velo cubrió mi vista ó que mundo desconocido se apareció ante ella, no lo sé, pero me sentí tímida, niña, pequeña ante ese ser que revelaba las apariencias de un ángel y la mirada ardiente y apasionada de un hombre. Pero era un sacerdote, al menos esa era la forma en que se aparecía á mí, y sin embargo mi mirada atrevida y profana osaba fijarse en él con amor. . . . Si, era amor lo que se despertaba en mi alma, amor atrevido, impetuoso, profundo. No te asustes, Anita mía, no, el curso de esta historia te hará conocer que no era ese un sacrilego pensamiento, que mi corazón adivinaba la verdad bajo esa apariencia engañosa.

Fui presentada á la señoras y por último al presentarme é él solo pronunció mi padre las siguientes palabras.

—Julia, el padre Ambrosio un excelente y estimable amigo mío.

Que mal cuadraba ese título, con sus maneras arrogantes y desenvueltas con su continente altivo y gallardo.

Yo balbuceé algunas palabras y mi mano tembló al estrechar la suya.

—El señor es forastero en el lugar por lo que parece? me atreví al fin á preguntar.

—Si señorita, contestó he venido á buscar lejos

del bullicio del mundo, tranquilidad, bienestar y sobre todo olvido.

—Tranquilidad? acaso el traje que vestis no os pone á cubierto de las inquietudes, de las decepciones de la vida? acaso no es bastante para olvidaros cuando ponéis entre vos y el mundo las severas reglas del sacerdocio?

—Señorita, un antiguo proverbio dice que el hábito no hace monge, me dijo con acento tan bajo que apenas pude percibirlo.

—No os comprendo, contesté de la misma manera.

Pero mi turbación hacía traición á mis palabras, no porque llegase á adivinar el enigma que indudablemente existía, sino porque había algo, tal vez un presentimiento, quizá solo mi vehemente deseo el que me decía que las apariencias me engañaban.

Pasó al fin esa noche dejando á la vez que un éxtasis dulcísimo, una inquietud profunda en mi corazón. Yo me reprendía amargamente por el inefable deleite con que acogía la memoria del joven de los blondos cabellos. Yo me complacía en adorar esa imagen hechicera, la primera que había despertado en mi corazón esa sensación encantadora y divina que llamamos amor. Oh! Anita; si as amado alguna vez, si tu corazón de virgen se ha embriagado con el seductor recuerdo de un hombre, podrás comprender esa primera noche en que se despierta un sentimiento ignorado y que va tomando proporciones gigantescas á medida que la razón trata de ahogarlo.

III.

Mi casa se componía de dos compartimientos separados por un pequeño jardín deteriorado entonces y que presentaba el aspecto triste de plantas marchitas, de árboles casi inclinados al suelo y desnudos, de calles cubiertas de un musgo amarillento que les daba la apariencia tétrica de un panteón. El ala izquierda que era la parte desocupada se componía de un pabellón que en tiempo de mi madre era una deliciosa habitación de verano rodeada de madreselva y de jazmin y adornada con las plantas más raras y hermosas. —Seguía á esta un gabinete de lectura con hermosos cuadros al óleo representando las antiguas costumbres de la época de Maria Antonieta; grandes estantes de libros, mapas de toda clase y de todo tamaño, globos y en fin cuanto puede reunir la habitación privada de un sabio.—Porque, según se decía esta había pertenecido á un hermano de mi padre, que pasó su vida pidiendo á la ciencia la revelación de los grandes secretos de la naturaleza.

Recuerdo que cuando yo era muy niña aun, mi madre me llevaba á este pabellón, donde lloraba mucho inclinada sobre mi pecho, sin que nadie viniese jamás á sorprender su llanto. ¿Cuál era el misterio de ese corazón que se desahogaba llorando? no lo he sabido nunca.

Al siguiente día de mi llegada, despues de esa noche de insomnio que he procurado describirte, Anita mía, tuve el infantil deseo de recorrer esa casa donde no había para mí otro recuerdo grato que el de mi madre.

Eran las seis de una mañana nebulosa y triste, ni una armonía, ni un perfume, ni un murmullo interrumpía siquiera la calma profunda que reinaba por doquiera.—Atravesé el jardín y me dirigí al ala izquierda, segura de poder entregarme á mis recuerdos sin que nadie pudiera verme.—Abrí la puerta que giró sobre sus goznes silenciosamente, como si hubiera costumbre de entreabrirla á cada instante; el pabellón estaba mudo y sombrío, las plantas se habían secado y la mano inexorable del tiempo había impreso su huella sobre todos los objetos.—Entré sin hacer ruido, como asustada de tanta soledad y abandono. Un cuadro grande había sido colocado en la puerta que daba paso al gabinete de lectura como si hubieran querido ocultarlo á la mirada de los demás.—Levanté el cuadro y penetré en el cuarto, el asombro arrancó un grito de mis labios, el grito despertó á un hombre que dormía recostado en una butaca. Era el joven de los cabellos blondos, no ya con el ropaje del sacerdote, sino con una levita negra, larga y

abotonada hasta el cuello que hacia resaltar la interesante palidez de su rostro.

Yo quise volverme atras pero su acento me detuvo.

—Julia, me dijo.—Permitid a un desgraciado que os llame así. No os vayais, alumbrad con la radiante luz de vuestra presencia la triste habitacion del proscrito, del hombre que condenado por las leyes, vaga sin patria, sin familia, sin hogar.

—No os comprendo caballero, conteste, anoche os habeis aparecido a mi bajo un aspecto distinto del que os veo, hoy os encuentro en un lugar que presumia solitario y deshabitado. Algun misterio os rodea, soy vuestra amiga y deseo conocerlo.

—Sois mi amiga Julia, mi amiga? sabeis por ventura quien soy, de donde vengo, ni por que estoy aqui?

—No lo sé caballero, pero sois amigo de mi padre, su hiesped tal vez, decís que sois desgraciado y esto último es bastante para mí.

—Sois un angel Julia, sois un angel, desde hoy no me consideraré ya tan solo en el mundo puesto que tendré a veces el consuelo de hablarlos y de contaros mis penas. No os diré todavía la razon porque me encuentro aqui, pero si sabreis que estoy oculto, perseguido y que esto debe ser un secreto para todos.

—Oculto, perseguido un sacerdote?

—Ese es el vestido con que me disfrazo ante los demas, pero no es el que me conviene, a vos puedo decirlo Julia, pues os creo tan discreta como bella.

—Vuestro nombre?

—Carlos.

Pues bien Carlos, seré vuestra amiga siempre, trataré de haceros menos penosa la vida. Descuídalo—Adios.

—Julia, quereis dejarme un recuerdo de vuestra visita tan dulce como inesperada?

—Cual?

—La flor que llevais en vuestros cabellos.

Yo arranqué la rosa medio marchita que se hallaba desde la noche anterior en mi cabeza y sin pronunciar una palabra se la di.

—Adios, dijo, gracias.

Yo corri lijera como una gacela, con el corazon henchido de felicidad, y al atravezar el jardín divisé en el corredor la figura grotesca del caballero de la peluca roja á quien mi padre me habia recomendado mucho al presentarlo.—Se llamaba Fabian y era su antiguo é íntimo amigo.

Señorita, me dijo, he querido ser el primero en saludaros esta mañana y ofreceros este ramo de flores, simbolo de vuestra juventud y de vuestra belleza.

—Agradezco el obsequio caballero, contesté recibiendo el hermoso ramo que me ofrecia.

—Muy temprano se hacen visitas al pabellon Señorita Julia, me dijo con una ironia profunda que heló la sangre en mis venas y que me previno de una manera terrible contra ese hombre.

Desde entónces senti por él una antipatia irresistible que mas tarde debia convertirse en un odio profundo é invencible.

Asi pasaron algunos dias sin ningun incidente notable y sin que volviese á ver á Carlos de quien cada vez me hallaba mas y mas enamorada.

Principié á ocuparme del cultivo del jardín donde presto vi renacer la frescura y lozania de antes y de donde me proponia sacar hermosas flores con que adornar el pabellon. Coloqué á su alrededor frescas macetas, perfumadas enredaderas y bien pronto esa habitacion muda y sombría se convirtió por mis cuidados en un ameno y florido vergel.

(Continuará.)

MEMORIAS DE UNA COQUETA.

Quien mucho abarca poco aprieta.

I.

¡La primera noche que me presento en soledad, tres pretendientes! ¡Tres declaraciones! ¡Qué efecto, despues de siete años de colegio, en el corazon sedevacante!

¡Y que finos los tres! Ni elejidos.

Ese Ricardo, ¡que jóven tan elegante! ¡que guapo! ¡que amable!... Y luego Eugenio, ¡que bondadoso! Y que dicen que es muy rico... ¡Pues y Luis! ¡que talento! ¡qué carta tan delicada! que conversacion tan dulce, tan elocuentel ¡es todo un poeta!

II.

Que conflicto tener que desairar á dos! ¡Y luego, si el otro me olvida!... ¡adios! otra vez á la luna de Valencia... ¡Pues señor... ¡cual escoger!... ¡eso de escoger á ciegas!... si me tomasse tiempo para conocerlos... Si me quedara sin ninguno... No, nó, miedo dá el pensarlo... Si me quedara con los tres... ¡Pues me quedo con los tres, y así el que mas me guste, el mas constante se queda despues... Nada, lo dicho, los tres. Y ahora ¿que les contesto?... ¡Problemas.

“Caballero: Como comprendo por la de V. la ansiedad con que espera la mia, me apresuro á mandarsela; si bien esta precipitacion no es prueba de un triunfo seguro. Confie U. en que esas simpatias de que U. manifiesta, son recíprocas, y como U. dice, podrán llegar á ser un sentimiento, una pasion que acaso hará la felicidad de los dos. Pero en cambio de esta esperanza que le doy yo, exijo confianza ciega y completa reserva. Tal creo necesario para nuestro amor. De esta manera, etc.”

Y *mutatis mutandis* se la mando á los tres.

Lo peor seria que ahora se enseñasen las cartas... pero nó... y si se las enseñan, será que habrán faltado á la reserva que les exijo y á la palabra de caballeros, de modo que en la culpa llevan el castigo.

III.

¡Dios mio! ¡tiemblo cada vez que me veo delante de los tres! ¡Qué apuros! ¡Para tener contento á uno, tengo á los otros con unas caras que que dan compasion! ¡Pobres chicos! ¡Nada, al que le toca la vez! ¡Y luego todos quieren la cita á la misma hora! ¡Qué gracioso!... si tubiese tres almas, tres corazones, los repartia entre los tres; y lo que es Luis esta noche, estaba resentido! Con razon... porque la vez no le ha tocado hace tres dias.

¡Mañana será ella! ¡Ricardo que es tan celoso! ¡Que le dire!... ¡Y ese bueno de Eugenio, que no se queja siquiera!... ¡Vaya... debia quedarme con uno... ¿Y á quien dejo! ¿A Luis?... ¡Cál! ni pensarlo, al que menos. ¿A Ricardo?... ¡Tampoco... Eugenio?... Tan buen chico... ¡y rico que es!... No, á ninguno. Es imposible ya. Mi corazon se ha interesado por los tres. Pues señor ¿que hare?... Adelante con los tres y salga el sol por Antequera.

IV.

¡Jesús, qué noticia! ¡Un desafio! ¡Y por mí! ¡Que se han desafiado Luis y Ricardo! ¡Qué ligeros son los hombres! ¡Por cualquier cosa! ¡Vamos tambien, que yo nó soy cualquier cosa!... Dicen que soy bonita... ¡quien habia de decir!... ¡Por mí!... ¡Adónde lleva una lijereza!... ¡Si yo me hubiera aconsejado!... Pero estos hombres, ¡que sangre tienen!... ¿En qué quedará?... ¡Voy á rezar por los dos, y por los tres, por si acaso!

V.

¡Ricardo herido en un brazo! ¡Que horror! ¡Pobre muchachol... ¡Y Luis tan valiente!... ¡Que harán!... ¡Si lo sabrá mamá!... ¡Si yo viera á alguno de ellos!...

VI.

¡El muy trastol... ¡Qué petulante! ¡Pues no ha tenido el atrevimiento de llamarme coqueta delante de todas las amigas! ¡Que habrán dicho en la reunion! ¡Vaya con el tal Ricardo! ¡Ya me parecia á mí, antes, algo empalagosol... ¡Qué descortes!... ¡Y que irritado estaba!... ¡Para un arañazo que se le curó en dos dias, tanta pamema!... ¡Me alegro, ya he concluido con uno, con el que menos queria!... ¡Y luego ese pobrete

de Eugenio, que me ve en la calle y no me saluda!... ¡Qué de prisa ha pasado!... ¡Parecia huido!... ¡Si tendrá miedo de que le desafe yo!... ¡Já! ¡já! ¡Pobre hombre! Eso es que tambien se ha dado de baja.

¡Pero de que tengo ya de apurarme! Lo que yo no podia hacer, lo ha hecho la suerte... ¡Los pobres vencidos han tomado la retirada! Luis, el vencedor, ese es el que me queda... ¡Oh! ¡como le querré ahora!... ¡No le dejare escapar... y tampoco me meteré en otra!... Pero ese Luis, ¡que será de él!

¡Una carta del correo interior... ¡oh! letra de Luis.

“Señorita: Por un momento he pensado vengar una traicion, ó mas bien un capricho, con un silencio espresivo; pero veo que podria tomarse este silencio por debilidad, y me decido á escribir esta, aunque con harto disgusto.

Yo solo he sabido la triple burla por mis rivales, y sin embargo de que yo solo la sé tal cual ha pasado, no quiero valerme de ella para vengarme y ridiculizar á U.; y no porque U. me increzca ninguna consideracion, sino porque acostumbro tratar con delicadeza aun á aquellas personas que han perdido la suya.

Haga U. por olvidar el nombre del que se felicita por haber tratado á U. tan poco y haberla conocido tan pronto.”

VII.

Ese triste fin tuvo mi primera travesura.

Mi orgullo se resistió ante aquel triple desprecio, que bien merecia, y como todas las mujeres, hube de inventar una historia para dejar en salvo el honor del pabellon.

Yo me persuadí que aun habria en ellos cenizas de lo pasado, y que la mejor venganza de mi parte, seria hallar un favorecedor á quien dispensar mis favores; y en efecto, á puro poner en juego todos mis encantos, todas mis seducciones; despues que ya fui maestra en fingir, lo hallé; pero aquel y otros muchos que le sucedieron, fueron una vanagloria; gloria vana en que ninguna parte tomaba el corazon, porque ninguno hallé que fuera ni tan elegante y gracioso como Ricardo, ni tan rico y bondadoso como Eugenio, ni tan noble y de tanto talento como Luis. ¡Siempre tenia alguna falta! ¡Era tan imposible reunirlo todo!

Por esto fué tanto mudar y mudar, tanto fingir, y la verdad es que no sé si consistia en ellos ó en mí, pero ninguno me duraba quince dias.

¡Y qué poco duraron mis glorias! ¡Qué corta es la vida de las seducciones! ¡Pasa rápida como la primavera del año!

De pronto me hallé en los treinta años, y empecé á pensar algo maduramente, porque veia que se acababan todos esos encantos que me hicieron pasar por reina de la hermosura. Ya no veia precipitarse á los pollos por sacarme á bailar, por acompañarme, por pasear la calle, por saludarme en paseo; eran otra clase de hombres, gallos con espolones, de cuarenta á cincuenta años. ¡Y yo me despepitaba por un guapo chico á quien solia ver en cierta reunion!

Una noche dijo que no le gustaban las mujeres gruesas. Yo, que hacia tiempo que empezaba á serlo, me aflijí, y determiné adelgazar, de cualquier modo posible, y volver á ser aquella pollita esbelta, lijera como una paloma, flexible como una caña de Indias, segun me habian dicho tantos hombres.

Y en efecto, yo pregunté qué agnas adelgazaban mas, y ayuné y guardé dieta voluntaria, y no pasaba por no hacer ejercicio, y no comia mas que verduras, y... ¡En fin, hice mas penitencia que una monja! ¡Oh, y cuanto yinagre tome para parecer pálida!

Pero ¡cál! aquel hombre parecia una estatua; con todas, menos conigo, era atento, servicial, galante, y todo cuanto hay que ser.

¡Ah! ¡qué trabajos pasé por ver si me hacia entender! ¡Desgraciadas de nosotras, que no podemos elegir y decir: «este me gusta.» y tenemos que recibir al que venga!

Al fin un dia, tenia yo un clavel, me saludó, le